



COLABORACIONES

DE LA POLICIA DE LA POBREZA A LAS CARCELES DEL ALMA

FRANCISCO ALVAREZ URIA

Madrid

Embebidos en problemas de hegemonías sociales, afanados en encontrar nuevas alternativas de poder, formular condenas del terrorismo, debatir problemas formales... nuestros arbitristas de nuevo cuño (entre los que figuran no pocos que se escudan tras el rótulo del marxismo y del neomarxismo) parecen ignorar, en el mejor de los casos, que se aprueban reformas penitenciarias, leyes de seguridad ciudadana, remodelamientos de la policía y la sanidad, reestructuración, en fin, y diversificación de nuevos poderes que carecen para nuestros teóricos de estatuto epistemológico justificando en consecuencia sus huecas divagaciones. Ni uno solo ha alzado su voz frente a la reforma penitenciaria de García Valdés, heredero del canónigo Giginta, hijo póstumo del liberal Bentham. García Valdés es la Concepción Arenal y la Victoria Kent de nuestro tiempo, pero a diferencia de estas matronas, nuestro reformador no trata de amamantar a los presos —¡no faltaría más!— con el néctar de una filantrópica protección, sino de hacer cárceles *científicas*. García Valdés es un benthamiano que se ignora: la reforma que conserva, dice, es siempre preferible a la abolición que destruye. Esta proposición dogmática es el compedio de su ciencia. Olvida que la universalización de esta afirmación sería la mejor defensa de la esclavitud, del Santo Tribunal de la Inquisición y de la propia pena de muerte que este gran *penitenciario* ha contribuido a abolir. Claro está que, como veremos, dicha abolición no es algo ajeno a su reforma sino su máxima apología: ¿para qué destruir a las fieras si una cárcel bien diseñada puede domesticarlas corrigiendo sus bajos instintos y canalizando su fuerza bruta? Lo que se suprime por un lado se recupera por el otro y además se gana en economía. El lema de los reformadores sociales puede resumirse así: conservar corrigiendo. Es natural pues que su programa encuentre su gradó cero en la muerte.

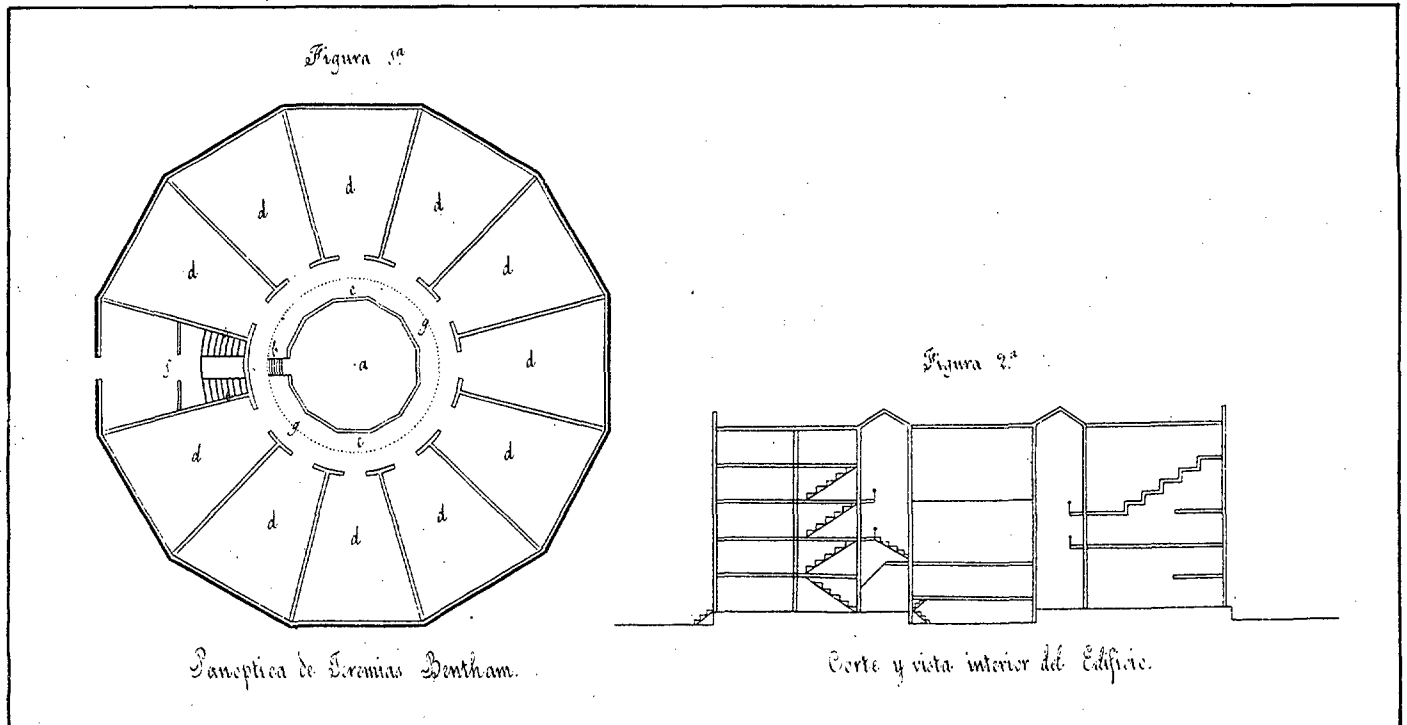
Carlos Marx, que se ocupa de Bentham en muchas de sus obras, lo llama en *El Capital* «archifilisteo», «oráculo seco, pedantesco y charlatanesco del sentido común burgués del siglo XIX», «genio de la estupidez burguesa», etc. Pues bien, el único voto negativo a la Ley de Reforma penitenciaria fue, según parece, del representante de Fuerza Nueva. Sin duda nuestros marxistas oficiales no han leído *El Capital*. Marx fustiga especialmente a los más peligrosos y de forma especial a los progresistas: De Prudhon y Stirner al humanista Feuerbach. Nuestros más preclaros consejeros de príncipes parecen haberlo olvidado. No les vendría mal leer a Bentham ya que más de uno se sorprenderá al encontrar en *El Panóptico* el más fiel reflejo de su pensamiento.

El trabajo que sigue no pretende ser un simple comentario de la maquinaria benthamiana de vigilancia: se trata de poner de relieve el entorno que hace posible su aplicación y que explica el entusiasmo con el que los liberales españoles acogieron dicha tecnología (como pone de relieve María Jesús Miranda en su estudio sobre «Bentham en España»). Aquí se pretende simple y complementariamente mostrar que su éxito estaba asegurado por toda una larga trayectoria histórica que lo exigía. Los campos de concentración y el Gulag no son un simple producto de los filósofos de la Ilustración, sino que emergen en tanto que estrategias de dominación fabricadas por eclesiásticos, moralistas, arbitristas que serán a su vez retomadas y remodeladas por la burguesía democrática para constituir una pieza esencial del orden social en el que vivimos inmersos.

Nuestro siglo, tan orgulloso y narcisista, figurará en la historia de la infamia como aquél que desarrolló hasta el absurdo más extremo el universo concentracionario. Desde los campos siberianos, devoradores de millones de disidentes, hasta las cámaras de gas nacional-socialistas, instrumentos de un genocidio sin precedentes, los regímenes totalitarios han puesto de relieve su monstruosa capacidad para sembrar la muerte y el exterminio. Estalinistas y fascistas se han disputado, en una loca carrera concurrencial,

el record de violencia ejercida sobre los pueblos. Los defensores de la civilización occidental no tienen escrúpulos para ver en el uso de poderes tan brutales la confirmación de la superioridad de nuestra cultura mediterránea: asiáticos y arios constituirían dos ramas del tronco común del salvajismo frente a nuestra civilización greco-latina. ¡Como si el fascismo italiano, las dictaduras griegas y portuguesas y el aún moribundo franquismo no tuviesen nada que ver con la barbarie!

En la actualidad existen ingenios que basándose en



estas superabundantes muestras de excepción se obstinan en ser los apologistas del viejo liberalismo paternalista y tolerante. Esta imagen idílica no resiste el menor análisis histórico. Son los liberales quienes en nombre de la libertad han desplazado pueblos, acumulado hombres, sometido cuerpos, fabricado herramientas de tortura... El primer gran invento de la burguesía progresista fue una máquina para segar cabezas por unidad de tiempo. Cuando la guillotina cortó de cuajo la frágil cabeza de un rey acobardado, el pueblo, con los ojos fijos en el patíbulo, sintió sin duda temblores enigmáticos y litúrgicos, pero distaba mucho de sospechar que al despotismo real y a sus horrores sucedería una nueva época que en nombre de la soberanía nacional iba a fabricar los más afinados mecanismos de poder destinados a conseguir la transformación de los hombres para hacer de ellos *ciudadanos*. Desde muy pronto la burguesía se propone la fabricación de *sujetos* en el sentido más literal del término: hombres atados y sometidos a una tupida red de relaciones de poder, medidos en función de normas impuestas, vigilados y condicionados por dispositivos políticos de seguridad y en fin, considerados libres gracias a la ficción jurídica de la libertad. La cárcel, institución totalitaria por antonomasia, fue el gran invento que la naciente burguesía liberal destinó a los alteradores del orden, a los negadores del contrato social. La otra gran invención fue el manicomio, baluarte de la dictadura de la razón. Indeseables e irresponsables constituirán dos amplias especies de la peligrosidad social sometidas ambas a particulares regímenes de aislamiento. Por paradójico que parezca son estas dos instituciones complementarias las que permiten hablar de ciudadanos libres y razonables. Gracias a la cárcel la burguesía ha fabricado el mito de la libertad y en consecuencia ha defendido de forma descarada sus más absolutos privilegios. Por medio del manicomio intentó a su vez neutralizar el pensamiento salvaje de las clases populares, naturalizar un orden social impuesto y en suma hacer razonable su violencia. Una genealogía del universo concentracionario y de las técnicas de manipulación de almas no puede comenzar en el siglo

de las luces: encuentra su hilo conductor en la policía de la pobreza programada a partir del siglo XVI en función de razones teológico-políticas. Pero dicho programa no habría sido llevado a la práctica sin el impulso y el entusiasmo de los reformadores sociales.

Un reformador social

La prisión es el anverso de la guillotina. Esta tiene por misión producir la muerte en un instante casi imperceptible (1). La cárcel, por el contrario, es una maquinaria de permanente gestión de la vida. Por esto los grandes reformadores de la prisión, sus más preclaros apologistas, son siempre partidarios de la abolición de la pena de muerte. Frente a la muerte, proponen el gobierno de la vida, la paciente y obstinada extracción del tiempo, la muerte dulce en un extraño y terrorífico lugar próximo del infierno y del purgatorio en donde el condenado desgana calendarios y espera cansinamente *su* liberación. ¿Cómo si la libertad estuviese *realmente* más allá de las rejas! La cárcel es una prueba escolástica de que vivimos en el mundo mejor de los posibles contemplando en su orden la cara oculta de Dios. Espacio racionalista por excelencia, heredero de la razón teológica, prefiguración del orden nuevo, la cárcel, como Dios, aspira a ser omnipotente y omnisciente. Es lógico que Michel Foucault, en su constante y minuciosa búsqueda retrospectiva destinada a poner en evidencia la emergencia de esta terrorífica técnica de sufrimientos físicos y morales, se encontrase con un

(1) Como afirmaba su inventor, el honorable doctor Guillotín, el reo no debía sentir nada ó como máximo «un ligero frescor en el cuello». El testimonio ha sido tomado del trabajo de Albert CAMUS: «Reflexions sur la guillotine», publicado con otros ensayos por la biblioteca de La Pleiade.

personaje de excepción, reformador social, teólogo de las prisiones: *Jeremías Bentham*.

Jurisconsulto inglés, filósofo práctico, político cosmopolita y liberal, Bentham es, ante todo, el inventor de una nueva policía del alma. Su *Sistema Panóptico* o de inspección central es un modelo de perfección «para guardar a los presos con más seguridad y economía y para trabajar al mismo tiempo en su reforma moral, con medios nuevos de asegurarse su buena conducta, y de proveer a su subsistencia después de su soltura» (2). El dispositivo ha sido definido así por su inventor: «Una casa de penitencia, según el plan que os propongo, debería ser un edificio circular, o por mejor decir, dos edificios encajados uno en otro. Los cuartos de los presos formarían el edificio de la circunferencia con seis altos, y podemos figurarnos estos cuartos como unas celdillas abiertas por la parte inferior, porque una reja de hierro bastante ancha los expone enteramente a la vista. Una galería en cada alto sirve para la comunicación, y cada celdilla tiene una puerta que se abre hacia esta galería.

Una torre ocupa el centro, y esta es la habitación de los inspectores; pero la torre no está dividida más que en tres altos, porque están dispuestos de modo que cada uno domina de lleno sobre dos líneas de celdillas. La torre de inspección está también rodeada de una galería cubierta con una celosía transparente que permite al inspector registrar todas las celdillas sin que le vean, de manera que con una mirada ve la tercera parte de sus presos, y moviéndose en un pequeño espacio puede verlos a todos en un minuto, pero aunque esté ausente la opinión de su presencia es tan eficaz como su presencia misma.

Unos tubos de hoja de lata corresponden desde la torre de inspección central a cada celdilla, de manera que el inspector sin esforzar la voz y sin incomodarse puede advertir a los presos, dirigir sus trabajos, y hacerles ver su vigilancia. Entre la torre y las celdillas debe haber un espacio vacío, o un pozo circular que quita a los presos todo medio de intentar algo contra los inspectores.

El todo de este edificio es como una colmena, cuyas celdillas todas pueden verse desde un punto central. Invisible el inspector reina como un espíritu; pero en caso de necesidad puede este espíritu dar inmediatamente la prueba de su presencia real.

Esta casa de penitencia podría llamarse *Panóptico* para explicar con una palabra su utilidad esencial, que es *la facultad de ver con una mirada todo cuanto se hace en ella*» (3).

El modelo que Bentham propone tiene la ventaja de que puede ser aplicado a escuelas, hospitales, manufacturas, cuarteles y otras instituciones cerradas en donde se ejerce una permanente policía y una minuciosa reglamentación del tiempo. Bentham crea pues una diabólica maquinaria de vigilancia destinada a incrementar el poder y a producir en los que lo padecen la convicción de que viven

y obran incesantemente bajo la inspección perfecta de un hombre interesado en toda su conducta. Y es que la prisión es un laboratorio de las conductas. Es lógico que en la actualidad entren en ella a saco los técnicos del orden así como los programadores y modificadores de conductas. Pero Bentham antes que Watson planteó el problema con toda su crudeza: «Si se hallara el medio de hacerse dueño de cuanto puede alcanzar a un cierto número de hombres, de disponer de todo lo que les rodea, de modo que obrara en ellos la impresión que se quisiera producir, de asegurarse de sus acciones, de sus lesiones y de todas las circunstancias de su vida, sin que cosa alguna pudiese entorpecer ni contrariar el efecto deseado, no puede darse que un medio de esta especie sería el instrumento más enérgico y más útil que los gobiernos pudieran aplicar a diferentes objetos de la más grande importancia» (4).

Bentham, a la vez que formula los principios del conductismo, se constituye en uno de los pioneros de la ciencia social. Pero esta ciencia no se inspira en la jurisprudencia sino en la medicina. Se trata de analizar el cuerpo social en función de sus males y de sus remedios, sopesar ambos y utilizar un bisturí anatómico capaz de estirpar los elementos patológicos, empleando siempre una lógica ordenada y una aritmética moral. Castigos y recompensas, penas y placeres constituyen los dos polos capaces de influir en la voluntad de los hombres. Nuestro reformador se propone como misión una tasación de los mismos en función de su intensidad, duración, extensión, certidumbre, proximidad, fecundidad y pureza. Tal es la clave de su patología moral que pone en manos de legisladores y gobernantes. El objetivo final es pues, crear un dispositivo económico y efectivo de seguridad, basándose en algo que marxistas y revolucionarios se obstinan en ignorar: la seguridad general, o la seguridad del Estado, se compone de múltiples seguridades. Precisamente si Bentham cree haber descubierto la piedra filosofal en el arte de gobernar es sin duda porque su principio panóptico se revela económico, efectivo y susceptible de ser aplicado en múltiples parcelas de poder. La ciencia social benthamiana, «enseña a los gobiernos el arte de gobernar y a los gobernados la importancia de su sumisión y de su obediencia a las leyes» (5).

La prisión constituye un dispositivo fundamental de la economía política ya que en ella son confinados aquellos que atentan contra el trabajo, contra los bienes que este produce y el orden que lo garantiza. En este «espacio estrecho, circunscrito por muros y cuyas puertas están cerradas con llave» (6) no sólo se castiga físicamente sino que se ejerce también, y sobre todo, una violencia simbólica permanente que comienza en el propio umbral: «El vestíbulo debería tener una apariencia lúgubre, podrían colocarse en él dos gruesos cuadros; en el uno se vería un juez sentado en su tribunal con el libro de la ley en la mano, pronunciando la sentencia de un criminal, en el otro el ángel que toca la trompeta del juicio universal. En

(4) J. BENTHAM: op. c. pg. 33.

(5) Toribio NUÑEZ: *Ciencia social según los principios de Bentham*, Imprenta Real, Madrid, 1835, p. II.

(6) T. NUÑEZ: op. c. p. 174.

(2) Jeremías BENTHAM: *El Panóptico* (prólogo de Michael Foucault, epílogo de María Jesús Miranda) Ed. de La Piqueta, Madrid, 1979, p. 32.

(3) J. BENTHAM: op. c. ps. 36 y 37.

el interior dos esqueletos suspendidos al lado de una puerta de hierro llamarán vivamente la atención; se creería ver en ellos la morada espantosa de la muerte. El que hubiera visitado alguna vez esta prisión en su juventud, no la olvidaría jamás» (7).

Bentham vuelve, en apariencia, a teologizar el derecho de castigar en el preciso momento en que este comenzaba a emanciparse de la tutela religiosa. Y es que existe en el Panóptico un cierto retorno a simbologías y emblemas del pasado, una vuelta a temas iconográficos y apocalípticos de otras épocas que, por inscribirse en otro contexto adquieren una función diferente. Por el contrario Foucault considera acertadamente que el predominio de la mirada en el Panóptico es un arcaísmo. Se han encontrado precedentes de su dispositivo de vigilancia: los dormitorios de la Escuela militar de París —de mediados del siglo XVIII—, la salina de Arc-et-Senans proyectada por Claude-Nicolas Ledoux, el hallazgo en la Rusia de los zares de un sistema semejante al que el propio Jeremías confiesa haber tenido acceso por mediación de su hermano e incluso el parque zoológico de Versalles construido por Le Vaux en el que una estancia octogonal dedicada al rey permitía contemplar desde diferentes ventanas a las fieras enjauladas. A esta enumeración podríamos añadir un nuevo precedente que no sólo parece más acorde con la obra de Bentham sino que además tiene la ventaja de haber sido formulado en una obra dirigida al Presidente del Consejo Real de Castilla, lo que confirma desde un punto de vista teórico y arquitectónico algo que los historiadores del arte habían constatado ya: la semejanza entre las cárceles modernas y los hospitales y otros asilos del Renacimiento (8). Los historiadores de la ciencia española, tan solícitos en buscar en las obras de nuestros antepasados innovaciones de prestigio, parecen más remisos a la hora de encontrar invenciones en tecnologías de poder. En este caso se trata de un proyecto destinado a la recogida de pobres.

Policía de la pobreza

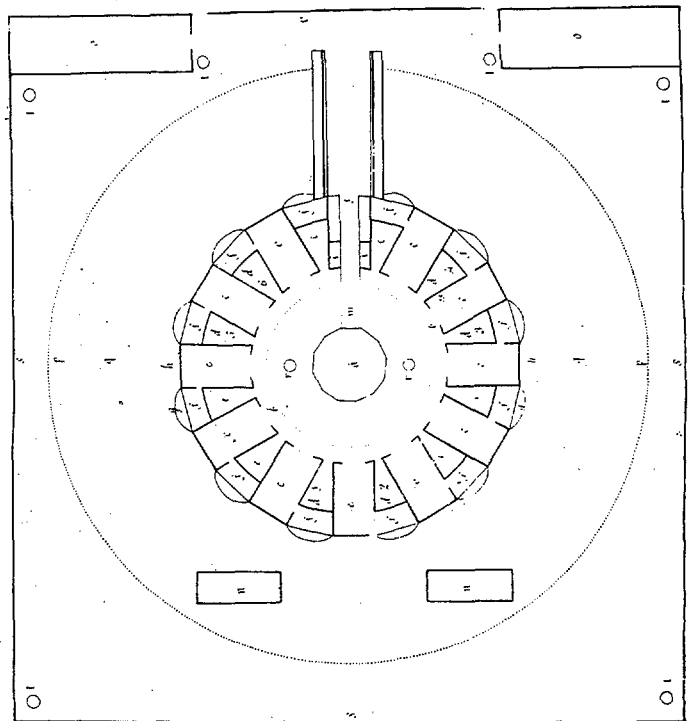
Pobreza: los filósofos la ignoran, los políticos la diluyen en las clases sociales o el lumpen-proletariado, los historiadores la relegan y la posponen a los ciclos económicos y las coyunturas depresivas, los economistas prefieren el tratamiento estadístico de precios y salarios... En general existe una extraña unanimidad para rechazar un concepto tan prosaico si exceptuamos a los etnólogos de la cultura popular, a novelistas tercermundistas y a los gestores de la beneficencia y la caridad. Sin embargo hasta hace muy poco tiempo el tema del pauperismo, los vagos y los miserables ocupaban un lugar central en las ciencias del espíritu y en la economía-política de nuestras sociedades.

El concepto de pobreza es hoy correlativo al de riqueza. Pero este carácter negativo es relativamente re-

(7) T. NUÑEZ: op. c. p. 191.

(8) Ver el interesante comentario de Francisco CALVO SERRALLER: *El panóptico de Bentham: el ojo del poder*. El País, Arte y Pensamiento, 5 agosto 1979, p. VI.

ciente: en el mundo medieval la pobreza era un signo de elección divina. El pobre era la representación de Cristo en la tierra y su presencia obligaba al reconocimiento, al socorro y a la limosna. Las peregrinaciones, los jubileos, las ferias y romerías, los monasterios y catedrales eran los principales focos de atracción de un enjambre de menesterosos que se desplazaban en busca de socorros. Allí donde está la riqueza están los pobres que serán asistidos por mandato divino. Y allí donde van los pobres los acompaña inexorablemente la enfermedad, las llagas y la miseria que mueven a compasión. Pero esta pobreza, que es signo de salvación, no tiene nada que ver con la tristeza: la promiscuidad, el juego, las danzas y los excesos son sus mejores aliados. Desde muy pronto una ética puritana y rentabilizadora reprochará a la pobreza el derroche de la carne, la alianza con el demonio, el abuso de los placeres del mundo. Las danzas de los miserables hacían presentir el galope de los cuatro jinetes del apocalipsis y las trompetas del juicio final.



Panopticon de Vilanova

Toda Europa se conmovió cuando entre 1520-1525 los miserables afilaron sus hoces para segar las cabezas de los poderosos e instaurar en la tierra un orden celeste. La respuesta inmediata fue la creación de un proyecto político destinado a gobernar la miseria. Vives es quizás el primero en proporcionar una solución amplia y coherente que consiste en recoger a los pobres, hacerlos trabajar y tomar a cada uno su filiación. Se inicia así una detallada policía de la pobreza que forma parte de las bases constitutivas de nuestras sociedades modernas.

Los pobres, según Vives, han de ser destinados al trabajo si son útiles, a la cárcel si son indeseables y a los hospitales si necesitan ser socorridos. «Doy el nombre de hospitales —dice— a aquellas instituciones donde los enfermos son mantenidos y curados, donde se sustentan un cierto número de necesitados; donde se educan los niños

y las niñas; donde se crían los hijos de nadie, donde se cierran los locos y donde los ciegos pasan la vida» (9). La cárcel a su vez es, ciertamente, un lugar de reclusión y por tanto de privación de «libertad», pero a diferencia de nuestras prisiones modernas, el castigo es más físico que moral: «(...) hacer ser la prisión grave, pesada y muy trabajosa cosa, el ruido, gemidos, clamores y voces de los presos que comunmente en las cárceles se oyen; las cadenas y los tormentos con que los presos son castigados; las mazmorras oscuras que quitan a los hombres las vistas de sus padres, mujeres e hijos, y finalmente la luz común del cielo y el huelgo del aire con que respiramos y vivimos; la hambre, sed y falta de vestidos para cubrir sus carnes que los desamparados presos sufren, la compañía forzosa con gente aherrojada, y hombres facinerosos; lugar donde tales cosas se pasan, y otras que sería largo referir, con razón se tiene por penoso y miserable, tanto que con su vista sola da horror» (10). El hospital, junto con la cárcel y las manufacturas, es en resumen el destinatario del proyecto de Bentham. Todos estos lugares son espacios de confinamiento de pobres. En otros términos, es fundamentalmente el gobierno de la pobreza lo que hará posible el paso de una sociedad estable y estamentaria al cuerno de la abundancia, a la rueda de la fortuna.

Sin embargo, el «socorro» de pobres encontró para su instauración todo un cúmulo de resistencias. Se oponían evidentemente los propios pobres, pero también eclesiásticos anclados en el derecho tradicional que veían en el confinamiento territorial un ataque a las leyes divinas que otorgaban a los miserables, templos vivientes de Dios, libertad total de movimientos. Domingo de Soto fue quizás el más recalcitrante representante de esta posición. Con él entabló polémica Juan de Medina (Juan de Robles) partidario de las nuevas medidas de excepción y vigilancia. En el interior de esta polémica se sitúa la publicación del *Tratado de Remedio de Pobres* (Coimbra, 1579) del que es autor el canónigo Miguel Giginta. En esta obra aparecen formulados por vez primera con nitidez los principios del panóptico. Giginta es partidario de los campos de concentración para pobres, pero cansado de inútiles discusiones teóricas propone soluciones prácticas para el aislamiento. Con esta finalidad realiza un proyecto arquitectónico y un programa político que consiste fundamentalmente en recoger en cuatro pabellones a diferentes tipos de pobres: hombre, mujeres, niños y niñas. Se trata de un lugar de recogimiento en donde debe reinar el orden y la separación de sexos. La clasificación y separación de los pobres es un buen medio para romper sus lazos de solidaridad y para evitar todo género de promiscuidades. Estos cuatro pabellones se dispondrán como los cuatro brazos de una cruz que parten de un punto central en donde estará situada la capilla. Sobre esta capilla se fija el lugar de vigilancia: la casa del mayordomo. Los pobres estarán «repartidos en refectorios y dormitorios distintos, como está dicho, rasos, sin tabiques ni colgadizo alguno, en sendas camillas con sus lámparas encendidas de noche.

(9) Luis VIVES: *De subventione pauperum*, Libro II. Cap. II. La obra fue publicada en Brujas en 1526 cuando los campesinos alemanes habían sido salvajemente exterminados. Vives vuelve sobre el tema en *De concordia et discordia in humano genere* (1529) y en *De pacificatione* (1529).

(10) Bernardino de SANDOVAL: *Tratado de el cuidado que se debe tener de los presos pobres*, Toledo, 1564 fol. 12 vuelto.

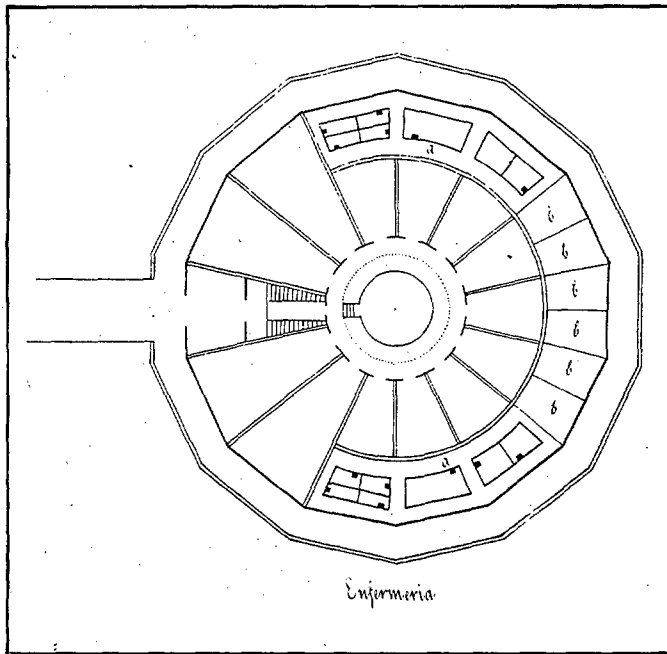
Y la casa del mayordomo habrá de tener una pieza sobre la capilla del crucero, con ventanilla para cada atarazana, y sendas celosías en cada una, desde las cuales podrá ver siempre cuanto en todas las atarazanas pasare: con lo cual no habrá mover un pié, jugar, golosear, reñir, loquear, ni hacer otra cosa que no pueda verla siempre sin ser visto. En las cuales celosías pensarán que está de ordinario él u otro acechándoles; y teniendo de otra parte, en tanta claridad y descubierto, cada uno a todos los otros como sobre estantes y espías del mayordomo, tendrán sin más diligencia todos sosiego, aunque basta el recelo de las celosías que lo señorearán todo» (11). El principio panóptico aparece pues expuesto con toda claridad. Bentham bautiza, ilustra y perfecciona el ideado por Giginta para acabar con la lógica insurreccional de la nocturnidad. En la biblioteca Nacional existe un manuscrito atribuido a Giginta en donde el autor considera que con tal sistema se ha hallado «un modo hasta aquí no advertido tan compendioso en remediar pobres» que con su sola aplicación «la mendicidad se remediará fácilmente». En este manuscrito se piensa la posibilidad de multiplicar la vigilancia en estas casas si el número de pobres fuese grande. Para ello se buscarían ministros que «podrían rondar o dormir algunos de ellos en el dormitorio de los hombres, en una cama alta con un lienzo ralo delante para que lo puedan descubrir todo y tenerlos siempre en recelo de que los está mirando» (12). Giginta propone que exista uno de estos establecimientos en cada pueblo grande, que los pobres de estos albergues lleven distintivos visibles y que las limosnas sean canalizadas por mano de los obispos. Se adelanta así en dos siglos a las grandes luchas que tendrán lugar entre clero secular y regular por la apropiación de las limosnas (13).

Toda la moderna política de la asistencia está aquí esbozada: aislamiento y trabajo. Los monasterios fueron desarticulados, pero sobre el modelo conventual y la utopía de orden de la contrarreforma, la burguesía liberal logrará fabricar en nombre de la razón de Estado y de principios de humanidad maquinarias sofisticadas para dominar voluntades. Todos los espacios de poder para los que Bentham destina su dispositivo de vigilancia se inscriben en la nueva óptica de la policía de la pobreza que comienza a perfilarse a partir del estallido revolucionario provocado por campesinos y plebeyos en el siglo XVI. Sobre el minucioso control de la miseria emerge la política moderna de la asistencia, la descalificación y la tutela. Este es el trasfondo que hace posible las declaraciones de libertad, los derechos humanos y el contrato social. El canónigo Giginta va a ser sustituido por el jurisconsulto Bentham, digno representante de una sociedad de dere-

(11) Miguel GIGINTA: *Tratado de remedio de pobres*, Coimbra, 1579, fol. 39 vuelto.

(12) Anónimo: *Representación para el socorro de los mendigos* B.N. Mss. 18653/12 fol. 5 rct. y 6 vto.

(13) Son los obispos jansenistas, correa de transmisión del poder político, quienes triunfan sobre los regulares. Posteriormente los médicos arrancarán a este clero el espacio hospitalario dejando no obstante en sus manos sectores benéfico-asistenciales (subnormales, viejos, pobres de solemnidad) y en gran medida el campo educativo. He intentado esbozar este proceso en mi artículo: *Poder médico y orden burgués. Análisis socio-histórico de las condiciones de aparición de la medicina moderna*, Cuadernos de Realidades Sociales nº 13, 1977, ps. 5-25.



cho. En realidad el oponente de Domingo de Soto, Juan de Medina, había intuido ya (*De la orden que en algunos pueblos de España se ha puesto en la limosna para remedio de los verdaderos pobres*, Salamanca, 1545) que el asunto de los pobres era un negocio de Estado: «Bien veo que este negocio es de gobernación y por consiguiente impertinente para que religiosos tratemos de él, más ninguna cosa que sea para bien particular o común es impertinente a los que predicán el evangelio», y menos aún estando en juego el dinero de las limosnas.

Cárceles del alma

«El alma es un círculo», escribía Platón. En nombre de esta entidad imaginaria y para velar por su pureza la Iglesia ha desencadenado persecuciones y genocidios, ha creado instituciones de tortura, martillos de herejía, actos multitudinarios de propaganda, rituales inapelables de excomunicación y condena. Intervenciones violentas ejercidas de forma masiva que fueron complementadas por sutiles intromisiones individualizadas. En nombre de esta misma pureza la Iglesia exigió la confesión anual de las culpas, inquirió en las conciencias, determinó voluntades e intenciones, planificó purgatorios de almas..., en suma, diseminó técnicas de manipulación psicológica. El alma, como si se tratase de una fortaleza, fue sitiada de modo sistemático gracias a los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola y a otras invenciones de la contrarreforma. Sin duda tales prácticas fueron justificadas por el bien de las almas y para defenderlas de los enemigos al acecho, particularmente de esa antitrinidad constituída por el demonio, el mundo y la carne. Contra ellos (y también en contestación de los pactos y compromisos entre el poder eclesial y el poder temporal) los monjes se retiraron al desierto. Allí se defendían del pecado sometiendo el cuerpo a las máximas privaciones y contrarrestando el poder del demonio con la oración. El modelo institucional ideal para matar al hombre viejo y transformar el alma ha sido sin duda alguna el convento. Sus privaciones, reglas, rituales,

ordenación de la vida, etc., tienen por objeto la transformación total del hombre disponiéndolo para la salvación. El convento es una especie de institución totalitaria primigenia destinada a destruir esta vida para ganar la otra (14). El que allí entre renuncia al mundo, al cuerpo y a sus pasiones, acepta en fin el aislamiento, el orden y la razón impuestos por la disciplina monástica en donde la voluntad individual queda enajenada en la santa regla de la orden y en la obediencia ciega al superior. El convento es preservación de lo secular, muerte al mundo, a sus pompas y vanidades. Es lógico que la pobreza, signo de trascendencia, encuentre en él la tierra de asilo.

Sobre este modelo segregador de muerte emerge a partir del siglo XVI una utopía de orden que conocerá su materialización institucional en el siglo XVIII. El convento es el paradigma sobre el que se levantan los modernos espacios de poder de los que la cárcel y el manicomio constituyen su más extrema expresión. Muerte y pobreza unidas y dispuestas mediante una sofisticada programación política para producir trabajo. Este adquiere ahora una valoración positiva frente a su originario sentido bíblico de maldición divina. Sobre estos espacios se asientan las riquezas y el orden de la nueva racionalidad social.

La economía política y el control social no se relacionan a través de leyes prioritarias, ni por determinaciones en última instancia, ni mediante esquemas topológicos simplistas. La sociedad capitalista permite la libre circulación del dinero y de las mercancías (incluida la fuerza de trabajo) porque recíprocamente controla el espacio, los cuerpos, las almas. Las instituciones a las que Bentham destina su sistema panóptico no están marginadas del campo social ni subordinadas al orden productivo sino que son las condiciones mismas de posibilidad de un sistema socio-político que se refleja en esas microsociedades. El control del espacio es el marco que hace posible la expropiación del tiempo del que la extracción de plusvalía no es más que una forma.

La sociedad del beneficio y de la abundancia no puede existir sin la pobreza y sin dispositivos de seguridad. Las nuevas técnicas de poder están dirigidas fundamentalmente, en un principio, a la masa indigente de vagabundos y mendigos que viven en la ociosidad. Uno de los primeros tratados españoles de economía política es el *Proyecto económico* (15) en donde se plantea de forma típicamente capitalista cómo hacer producir a las tierras, a los hombres, y al dinero. Para lograr esto Ward propone una caza organizada de miserables que serán encerrados en hospicios, casas de corrección, cuarteles y otros espacios disciplinarios en donde se domesticán los cuerpos y se reforman los hábitos. Realización que supera con creces las aspiraciones de Giginta y que se pondrá en práctica en nombre de la Razón de Estado especialmente tras el

(14) La idea de que el convento constituye la prefiguración de los modernos espacios cerrados de poder ha sido sistematizada por Robert CASTEL: prefacio a la traducción francesa de la obra de I. GOFFMAN: *Asiles*, Ed. de Minuit, París 1968.

(15) Bernardo WARD: *Proyecto económico en que se proponen varias providencias dirigidas a promover los intereses de España, con los medios y fondos necesarios para su planificación*; Madrid, 1782, 3 ed.: Con anterioridad había publicado otra obra con un planteamiento completamente diferente: *Obra pía y eficaz modo para remediar la miseria de la gente pobre de España*, Valencia, 1750.

Motín de Esquilache. Los pobres, cuya participación en este motín está fuera de toda duda, serán encerrados, educados, corregidos, convertidos en fin, en honestos productores. La crítica de la aglomeración de pobres en estos establecimientos es prácticamente inmediata a su encierro (16). Muy pronto surgirán clasificaciones más perfeccionadas de los miserables que darán lugar a instituciones específicas de control. La novedad de Bentham consiste, en que una vez conseguida esta diversificación, propone un sistema flexible y susceptible de ser generalizado a otros lugares. La vigilancia ya no es simplemente un medio de coacción sino también un instrumento de observación y de experimentación del que se extraerán saberes indispensables para transformar a los sujetos y gobernarlos mejor. Bentham inventa en suma el tratamiento moral en tanto que remedio a la patología social.

El sistema panóptico inaugura una inspección «que obra más sobre la imaginación que sobre los sentidos» (17). Se trata de una vigilancia del alma, inicio de una sociedad policial, comienzo de una organización social semejante a la colmena en donde las productivas abejas se ven sometidas al control permanente de un inspector invisible, cargado de valoración simbólica, ya que reina como un espíritu si bien puede dar inmediatamente la prueba de su presencia real.

El panóptico es, como afirma su autor, un *teatro moral* en donde se representa a pequeña escala una utopía social. Al igual que en el teatro se trata de que el público, alejado de la escena, haga posible la representación legitimando como real una ficción. La fuerza de la adhesión a la obra es proporcional a la perfección de la representación. En el panóptico todo está dispuesto como en un teatro invertido: son los sujetos los que son observados, transformados, mantenidos en una permanente visibilidad. Son ellos los actores prisioneros de un dispositivo arquitectónico en el que viven y actúan para un vigilante imaginario simbolizado por la torre (18). Vigilante temido, odiado, pero en último término reconocido. Su legitimidad proviene de la fuerza que otorga el poder a lo arbitrario. El sometimiento *de hecho* es el paso indispensable

(16) JOVELLANOS lo expresa claramente en su Discurso pronunciado en 1778 en la Sociedad de Amigos del País de Sevilla, (*Acercas de la situación y división interior de los hospicios con respecto a su salubridad*): «para que los hospicios sean útiles, es preciso que se multipliquen, esto es, que se haga uno para cada clase de pobres, de aquellas que exigen una total separación» *Obras de Jovellanos*, T. II, BAE p. 432. Ideas semejantes defiende CABARRUS en su *Cartas*. En general se puede afirmar que, a partir del modelo conventual, el Hospicio General se ha ido desmigajando en instituciones flexibles que a su vez se han ido subdividiendo. La cárcel, por ejemplo, en la reciente Ley Penitenciaria se subdivide en establecimientos de preventivos, establecimientos de cumplimiento de penas y establecimientos especiales, que a su vez se subdividen en función de la edad, sexo y otras variables. Vemos pues que la propia lógica del poder conduce a un afinamiento progresivo de sus técnicas y taxonomías.

(17) J. BENTHAM: op. c. p. 35.

(18) Algo semejante ocurre con los pacientes de la psicoterapia analítica que viven y sueñan para su psicoanalista. El panóptico inaugura «otra escena» y los partidarios del psicoanálisis harían bien en buscar en él su modelo, porque si en el panóptico existe una *policía de identidades* (ver: J. A. MILLER: *La machine panoptique de Jeremy Bentham* Rev. Ornica, nº 3, mayo 1975, ps. 3-36) en el psicoanálisis existe una policía de enunciados y violencia simbólica. Las orejas de los psicoanalistas son complementarias del ojo del poder. Cf. René MAJOR: *Le Panacousticon, simulation d'un Etat freudien*, Traverses, nº 10, febrero 1978, pgs. 102-114.

para un reconocimiento *de derecho*. Del poder físico a la aceptación de la ficción jurídica de la soberanía pasando por la transformación moral de las almas, tal es el gigantesco proyecto en que se inserta la obra de Bentham. Pero, a diferencia del convento, la muerte del hombre viejo, que da paso al hombre nuevo, no se realiza en función de una vida extraterrena. En otros términos, el espacio cerrado no está destinado a segregar sino a integrar en un sistema social arbitrario mediante la creación de hábitos de obediencia, templanza, tranquilidad, limpieza e industria adquiridos bajo el régimen del principio panóptico. El hombre nuevo es el ciudadano moral que respeta las leyes y es útil a la nación (19).

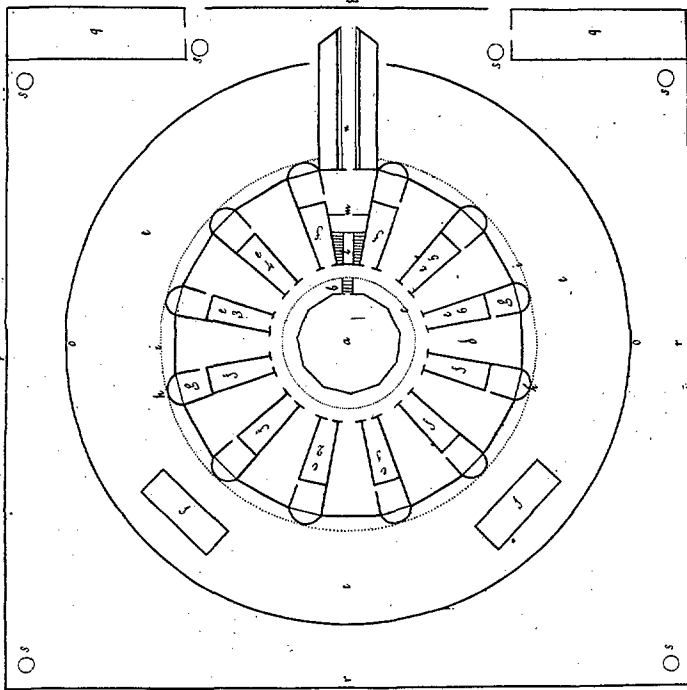
El objetivo de Bentham no es simplemente «hacer que la inspección se extienda a cada preso, a cada instante de su vida y a cada punto del espacio que ocupa» para conseguir así su reforma moral, sino establecer un sistema que al dar pruebas efectivas de eficacia en el gobierno de un puñado de hombres (hombres «ingobernables» por otra parte) justifique su transferencia a todo el campo social.

El sistema panóptico, tanto el de Bentham como el de Giginta, está especialmente indicado para ser ejercitado sobre improductivos e indeseables, pero servirá finalmente como principio esencial del nuevo gobierno de las poblaciones. Robert Castel ha demostrado sin fisuras que por su parte las técnicas de poder inventadas por los primeros alienistas y ejercitadas sobre un número reducido de insensatos servirán de base, en la primera mitad del siglo XIX, para resolver un vasto problema político: la lacra social del pauperismo (20).

Solamente una concepción simplista de la realidad o de la historia puede independizar o establecer prioridades entre la policía de la pobreza, las cárceles del alma y la economía política. Es como si un viejo moralismo decimonónico tratase de ocultar que los padres de la clase obrera fueron vagos, onanistas, sífilíticos, criminales, prostitutas y amantes de todos los «vicios». El comienzo del capitalismo no está únicamente marcado por la acumulación de capital, sino también por la acumulación de hombres gracias al celo desplegado en la policía de la pobreza. Pero tales fenómenos no se relacionan por subordinación o yuxtaposición sino por co-extensividad y reciprocidad. Y es que la riqueza es producto del trabajo y este a su vez de la fuerza de trabajo. La valoración de esta fuerza en términos de población explica el gran auge de las políticas natalistas europeas durante el siglo XVIII. Los grandes debates que tuvieron lugar en torno a la vacuna de la viruela se realizan en este contexto. Solamente cuando la gran industria causa estragos y se extienden las lacras de la miseria surgirá una doctrina que naturalice y justifique la pobreza: el malthusianismo. Pero las masas famélicas y explotadas son inconstantes, versátiles, peligrosas. Sus frecuentes e imprevisibles insurrecciones deben ser neutralizadas. En consecuencia las masas van a ser supervisadas y asistidas: de ello se encargará la policía, la filantropía y la higiene. Estas ciencias constituyen los precedentes de la ciencia social la cual a su vez es coetánea de la psicología, resultado lógico del proceso de indi-

(19) La analogía con el convento y la metáfora del hombre nuevo pertenecen al propio Bentham: op. c. p. 72 y 96 respectivamente.

(20) Robert CASTEL: *L'Ordre psychiatrique. L'Age d'or de l'alienisme*, Ed. de Minuit, París, 1976 (próxima aparición en La Piqueta).



Plan de Bentham con las adiciones de Villanova.

vidualización que los diferentes micropoderes disciplina- rios están destinados a generalizar. La moral, de la que deriva la psicología, es el elemento de unión entre la producción de productores y producción de ciudadanos (21). Todos estos elementos se encuentran hermanados en Bentham como lo reflejan los títulos de algunas de sus obras: *Resortes de la acción humana*, *Defensa de la usura*, *Textos sobre la ley de los pobres*, *Situación y relevancia de los pobres*, *Teoría de las penas y de las recompensas* (nótese la diferencia de título con la obra de Beccaria), *Tratado de legislación civil y penal*,... *El Panóptico*. Si la riqueza es un producto del trabajo, y el trabajo un asunto de pobres, para que estos trabajen es preciso convertirlos en fuerza útil, que obedezcan las órdenes, respeten la integridad de las máquinas, se sometan a los capataces y trabajen de forma constante. Una afinada producción de productores implica que éstos no sólo consideren el trabajo como una obligación sino que se sientan obligados a realizarlo. Moralización y condicionamiento están imbricados en la producción pero a su vez están ligados a la seguridad: «la ley dice al hombre: *trabaja y yo te aseguraré los frutos de tu trabajo; yo custodiaré esta recompensa natural y suficiente que no podrías conservar tú, si yo no contuviese la mano que osare arrebatártela* (22)». La burguesía se ha proveído de un sistema productivo que le permite apropiarse del fruto del trabajo de los trabajadores —en nombre de la libertad— y de un sistema jurídico que no sólo custodia la conservación de sus bienes sino que impide que se los arrebaten —en nombre de la justicia—. Bentham es el realizador de un diseño experimental en el que la física social, la economía y la psicología aún no se han desgajado de la ciencia política. Dicho diseño consiste en un programa polí-

(21) Hemos intentado mostrar las implicaciones políticas de la psicología en: Julia VARELA y Fernando ALVAREZ-URIA: *Cirujía de las almas: Las redes de la psicología*, Negaciones, nº 7, 1979.

(22) T. NUÑEZ: op. cit. pág. 352.

tigo que abarca a las riquezas, la seguridad y la estabilidad del orden burgués.

Los minaretes, los campanarios, las torres de las catedrales y otros lugares elevados, símbolos privilegiados de la presencia divina, van a ser sustituidos por la torre de vigilancia (23). El ojo de Dios es ahora el ojo de un nuevo poder que se pretende tan omnipotente e invisible como el anterior, pero que, a diferencia suya, no necesita de los milagros para demostrar su existencia. Unos «ojos que lo ven todo» (24), que lo experimentan todo, que lo archivan todo y que con tal acumulación de saberes sobre los hombres impulsan las prestigiosas ciencias del espíritu. Gracias a la mediación de filántropos benthamianos nuestra historia contemporánea puede enorgullecerse de haber pasado de la policía de la pobreza a las cárceles del alma, de los intentos de neutralización de la lógica insurreccional de la nocturnidad a la fabricación de sujetos cada vez más programados para comportarse en perfecta adaptación con las normas sociales.

La lógica del poder es observarlo todo, medirlo todo, controlarlo todo... Sus perspectivas son siempre totalitarias y sólo encuentra freno allí donde se les hace frente. Proyecto político de economía social que se incardina en el espacio, lo cuadrícula, lo estudia y finalmente programa estrategias para coparlo. La burguesía ha conseguido sus mejores victorias gracias a sus mapas de poder que tienen por objetivo territorios diversos (desde la mente de los individuos hasta las selvas más inaccesibles). Los pobres han constituido una pieza esencial en esta lucha incesante e ininterrumpida entre la lógica del poder y la de la nocturnidad. La primera está destinada a imponer una dominación y gestión incardinada en el espacio y una lógica de orden que parezca natural. La segunda intenta romper el tejido social, abrir brechas y espacios en oposición a todo gobierno. Sigue sirviendo como metáfora de esta realidad un sugestivo texto del siglo XVII salvado por Borges del olvido (25):

«... En aquél Imperio en Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el Mapa de una sola Provincia ocupaba toda una ciudad y el Mapa del Imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, estos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el Tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Siguiendo entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del sol y de los inviernos. En los Desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el país no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas».

(23) No todo en estas torres se reducía a simbolismo religioso. Recuérdese por ejemplo la secuencia con que se inicia *La Regenta* en la que el Magistral recorre con su catalejo, desde la posición privilegiada de la torre de la catedral, las calles, casas, movimientos de los habitantes de Verusta. El deseo de la Iglesia de extender su poder tentacular no se circunscribe a la manipulación de las almas en el confesonario.

(24) J. BENTHAM op. cit. p. 59. Es importante señalar, como lo hace Foucault, que los mecanismos de poder no pueden ser reducidos al principio de visibilidad (Cf. *El ojo del poder en El Panóptico*, p. 11 y 18).

(25) SUAREZ MIRANDA: *Viajes de Varones Prudentes*, libro IV, cap. XIV, Lérida 1658, citado por Jorge Luis BORGES: *Historia Universal de la Infamia*, Ed. Emecé, Buenos Aires, pgs. 144-145.